

Malas víctimas

*Articular históricamente el pasado no significa
conocerlo "como verdaderamente ha sido".*

*Significa adueñarse de un recuerdo tal como
éste relampaguea en un instante de peligro.*

Walter Benjamin

Hace más o menos siete años se me ocurrió escribir un libro parecido a éste, que reuniera las historias de hijos de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos. Mis notas de esos días dicen: "¿Se parecen a mí? ¿Cómo habla la hija de un ejecutado político? ¿Hay algo que nos delate? ¿Nos persiguen los mismos fantasmas? ¿Compartimos un tono emocional? ¿Qué nos separa? ¿Hasta qué punto mi experiencia es única y de qué maneras es colectiva, social? Quiero poner mi obsesión arriba de la mesa y hacer un banquete en el que no falte el vino".

La forma que tenía en mente fue cambiando, pero estas motivaciones persistieron hasta el final. Sólo me pregunto qué estaría pensando con eso de que no faltara el vino. ¿La desproporción? ¿La fertilidad? ¿El gozo? Creo que, al prestar atención no sólo a los golpes sino también a las respuestas —a la solidaridad, a la organización política, al pensamiento crítico—, en estas páginas se honra esa intención.

(preparación)

Comienzo con una convocatoria abierta a través de redes sociales, publico un aviso, me llegan algunos correos. Me reúno con Adriana Goñi, una antropóloga que lleva muchos años investigando y publicando en un blog materiales de hijos de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos. Me muestra su base de datos (demasiado grande)

ordenada en una planilla.

En mis notas continúan las preguntas: “¿Cuántos fueron los muertos? Están los del Informe Rettig y los demás. Los que se enfrentaron con la policía a balazos, los que volvieron enfermos después de la tortura, los que viéndose acorralados se suicidaron, los que se murieron de pena, los padres que se quemaron a lo bonzo, las madres que se arrojaron al vacío, los que no se sabe. ¿Cuántos hijos tuvieron los muertos? ¿Cuántos fueron apresados, violados? ¿Cuántos hijos tuvieron los presos? ¿Decenas de miles? ¿Cuántos perdieron la voz?” A medio camino de la investigación para este libro, dejé de hacer y de hacerme estas preguntas imposibles. Las medidas, las proporciones, sirven poco para explicar la magnitud del daño. Pienso en un cuento de Úrsula K. Le Guin en el que la perfecta felicidad de una ciudad, Omelas, depende del sufrimiento de un solo niño.

Le pido a Adriana nombres de hijos de mujeres asesinadas, de hijas de no militantes y militantes, de huérfanos de obreros y campesinos, artistas y dirigentes, profesionales y estudiantes secuestrados y ejecutados en distintos lugares de Chile. Mi idea es expresar la diversidad y llegar adonde mis redes sociales no llegan. Leo sobre las madres y los padres muertos. Busco en la página de Memoria Viva: a veces hay muchísima información y otras veces nada. Busco a los hijos en las redes sociales. Defino algunos nombres y más tarde les escribo contándoles del libro que tengo en mente. Sólo algunos no responden; existe, en general, la necesidad de contar. A quienes están de acuerdo en reunirse conmigo, les propongo hacerlo en sus casas y les explico que necesitaremos algunas horas sin ser interrumpidos.

(las conversaciones)

Llego tímida. Quienes abren la puerta tienen casi siempre una edad semejante a la mía y la mayor parte de las veces son mujeres. Acepto un café, un vaso de agua. Mientras van a la cocina observo los libros, las plantas, las fotos, los objetos, lo que me es familiar y lo que me es ajeno.

Tengo una fórmula para comenzar la conversación: lo primero es explicarles. Les digo cosas como: "Aquí vengo con mi propia historia auestas, estoy de tu lado sea lo que sea que vayas a contarme. No tengo jefes a los que rendirles cuentas, no se trata de una tesis. Se trata de una conversación sin pauta, guiada por la curiosidad hacia lugares ojalá improbables. Quiero conocerte. No te preocupes si no recuerdas los hechos, me interesan menos que las historias que te has contado a ti misma, y si no recuerdas nada, si no has imaginado nada, esa también es tu historia".

Les cuento luego del libro que tengo en mente y de cómo será construido, que será una mezcla entre periodismo y literatura, que de las muchas tramas que aparezcan escogeré algunas, las que me interpelen, las que regresen en medio de la noche, las que me hablen de verdades difíciles, las que me hagan sonreír o llorar, cuestionar el presente o revisar viejas ideas. Les advierto que en este ejercicio introduciré inevitablemente mi visión, que las palabras serán las suyas, pero el énfasis, el orden, el contexto dentro del libro, me corresponderán a mí. La confianza que me dan alimenta mi propia confianza. Por último les pido permiso para prender la grabadora.

Llevo dos o tres datos anotados en un papel. Empezamos desde atrás, desde las familias de origen, los abuelos. Generalmente aparece un tiempo mítico, previo a la caída, donde el mundo era más o menos feliz, o al menos comprensible, explicable a partir de unas pocas leyes. Hasta que de un momento a otro, de manera más o menos inadvertida, acontece el golpe, lo inexplicable, el desangramiento de ese mundo. Algunos van decidiendo al contar qué historias son las relevantes, qué palabras, metáforas, imágenes pueden servirles para transmitir sus experiencias; los símbolos son improvisados, frescos, avanzan a tientas por caminos rara vez, o nunca, transitados. Otros tienen ya elaborado un relato, lo cuentan como si lo hubieran contado muchas veces, encontraron una forma para explicar lo vivido; ordenando episodios, atando causas y efectos, han construido una fábula. Pero incluso si éste es el caso, hay momentos en los que la narrativa falla, aparecen las contradicciones, las dudas, los errores. La imagen que cada uno tiene de su propia naturaleza y su destino se deforma, los

bordes del pensamiento se desdibujan y se confunden con la emoción que los contiene, con la palma de la mano donde clavan la mirada. Quedan sólo el balbuceo o el silencio.

Puedo ver, entonces, a mi interlocutora buscar entre las palabras una que le sirva de algo, una frase con sentido con la que expresar alguna idea. La veo intentar dar cuenta de lo que sabe y percatarse de las enormes lagunas, de lo que ha olvidado y de lo que no ha preguntado nunca, de los pedazos de historia que han muerto junto a los testigos. Me dice con los ojos que no tiene más palabras, no nítidas, no enteras. Yo incomodo; sola podría echarse a llorar, comerse las uñas, distraerse o emborracharse. Pienso que tengo el deber de ofrecerle una salida, un “cambiamos de tema”, una pregunta sencilla. Eso a la hora de entrevistar, porque al escribir es diferente, ahí sí puedo insistir en esos lugares difíciles, observarlos e intentar dar cuenta de ellos.

(interrupciones)

Hay momentos en los que es a mí a quien le cuesta mantener la compostura. En los que lloro o pierdo el sueño, pero cuando (a menudo) me preguntan si este trabajo no me agota, si no quedo deprimida o desmoralizada, respondo que no, al contrario. Participar de conversaciones tan intensas, tan densas en significados, me entusiasma, me llena de sentido. Siempre hay un momento en el que me enamoro. Pero, tal como ocurre con el amor, no es sencillo. Un día anoté en mi libreta: “A veces me olvido de exhalar”.

Hay quienes me piden parar la grabación. Algunos dudan en medio de la entrevista si están dispuestos o no a hacer pública su historia. Otros me llaman después para pedirme que quite esto o aquello, casi siempre atormentados por la posibilidad de herir a un familiar. Una sola persona me escribió para decirme que se había arrepentido de aparecer en este libro. Todos los demás estamos, cada uno a su manera.

(las voces del coro)

A todos nos cayó una bomba encima, pero los efectos, más o menos devastadores, dependieron de dónde sucedió esto (en qué cuerpos, en qué territorios, en qué familias, en qué momentos de la propia biografía). A veces esos padres que mataron eran lo único que había, más allá sólo estaban las ruinas y las garras monstruosas del Estado. Lo que a algunos les generó sobre todo tristeza, a otros furia y rebeldía. Lo que a algunos hundió en la melancolía, a otros sirvió de motor para la organización y la creatividad. Algunos fueron cobijados y sostenidos por sus familias y comunidades; otros padecieron abandono, miseria y abuso. A algunos les contaron una historia verdadera, a otros les mintieron o no les dijeron nada. El impacto no fue el mismo en quienes crecieron con sus padres que en aquellos que crecimos sin recuerdos, con leyendas. Hubo territorios bombardeados una y otra vez, que no conocieron la paz.

Los relatos aquí contenidos dialogan entre sí, por momentos se provocan, se contradicen, se critican, y luego se reafirman, se hacen cómplices y llegan a sentirse como las distintas voces de un coro. Existe una cultura de la memoria que se expresa en lo que se ha decidido recordar y en lo que no es posible olvidar aunque se quiera; una cultura que se expande vinculando no sólo a los hijos de los muertos, sino a las víctimas de la violencia política, el exilio y la prisión, a camaradas, familiares, amigos y herederos. Por muy diversas que sean nuestras experiencias, conviven dentro y fuera de este libro, y se reflejan unas a otras como espejos. Cuestiones que parecían en extremo íntimas, subjetivas, resultan ser parte de algo más grande, de una realidad social que generalmente permanece oculta.

(¿más testimonios?)

Cuando me preguntan esto me sorprende, para mí es evidente que en las historias que se han contado sobre Chile hay relatos ausentes. El golpe enmudeció a los sobrevivientes. Hablar era peligroso, los adultos no sabían qué decir, no tenían cómo

explicar el horror a los niños, y los niños no se atrevían a preguntar por temor a romper un equilibrio siempre frágil. Durante los diecisiete años que duró la dictadura, crecieron en las sombras enclaves de resistencia, cuidado mutuo y resguardo de la memoria. Alrededor de ellos se articularon historias heroicas que incluían el tiempo mítico anterior al desastre, aventuras colectivas, organización política y amores; la violencia y el martirio eran elementos centrales, pero también la resistencia. Y la derrota no era definitiva, existía siempre la posibilidad de un futuro de justicia y socialismo.

Tras el retorno de la democracia, esos relatos de vida se clausuraron y al ser recogidos en los informes Rettig y Valech se transformaron en relatos de muerte. Se recortó el tormento de la trama vital en la que estaba inserto, volviendo a las historias terroríficamente semejantes unas a otras. Sin sabiduría ni valor, sin fuerza ni propósito, sin política o deseos de futuro, sólo daño, tortura y muerte. Eran relatos protagonizados por “víctimas”, una figura funcional para la ley, pero relacionada en la imaginación colectiva con un lugar de debilidad e indefensión permanentes, destinos trágicos e identidades derrotadas, sin agencia personal o colectiva. La impresión es que muchas biografías se dejaron de escribir estando los protagonistas aún vivos. Grabadas en una piedra monumental, guardadas en museos bajo llave, tuvieron un final anticipado.

De este modo, una cierta izquierda subterránea, extra-parlamentaria, extra-televisiva, quedó atrapada en la melancolía, vuelta en contra de sí misma. En los monólogos contenidos aquí se acusa de manera reiterada la dificultad de criticar a los padres, porque, cito: “Nosotros no hemos hecho nada, no hemos siquiera intentado lo que estos héroes, idealistas, intentaron”. La violencia a la que fueron sometidos los cuerpos hace de la crítica ideológica un sacrilegio; la consecuencia con las ideas heredadas se convierte en un valor supremo, como si la muerte de los padres nos hubiera convertido en una generación nostálgica, sin imaginación política, con ideas e interpretaciones de la historia conservadas en formol. Hasta que un buen día una mirada atrás, un acontecimiento inesperado, un repentino deseo de futuro,

triza lo que era rígido y permite que lo flexible cambie de forma.

Esto puede ocurrir, quiero pensar, con las conversaciones nuevas, con los ejercicios de memoria que insertan el duelo en unos relatos más amplios, capaces de reactivar las historias de vida. Recordar la riqueza de nuestras experiencias es un antídoto en contra de la inercia. En cada revisión del pasado hay vueltas de tuerca, nuevas conexiones y desechos, otras lógicas anudan los acontecimientos y otras emociones los hacen encajar. Y al transformarse la memoria, se transforma el mundo a su alrededor. Si nuestros relatos eran, como he dicho, terroríficamente semejantes unos a otros, ahora comienzan a desplegarse sus particularidades. El silencio se apaga y se hace el ruido. Aparecemos nosotros con nuestras éticas y estéticas, con nuestras trayectorias plurales, insospechadas, con nuestros roces, nuestras inquietudes, nuestros sueños de futuro e ideas en tensión.

(el trauma invalidante)

En un programa de radio escucho a un periodista criticar el voto de parlamentarios de izquierda en contra de una ley que daría más atribuciones a la policía en el uso de la fuerza. Sólo resta de su crítica a un par de diputadas directa o indirectamente víctimas de la violencia de Estado. El subtexto es que el trauma compromete el juicio, por lo tanto hay que tener paciencia y compasión, y no entrar en debate. La experiencia, en este caso, es una discapacidad y debe ser omitida. Muchos de nosotros hemos sido diagnosticados por profesionales del Servicio Médico Legal de estrés postraumático, una fórmula para probar el daño ante la ley. La misma para quienes han sido traumatizados por dictaduras, violencia sexual, accidentes o delincuencia común. Los relatos de los criminales y los de sus víctimas comparten un mismo correlato: un sinfín de síntomas combinados de cualquier manera que nada tienen que ver con el contexto. Las condiciones específicas, históricas, políticas, que llevaron a ese trauma se omiten; el sufrimiento es privatizado, estandarizado, y la justicia social queda fuera de la ecuación.

Para tratar el estrés postraumático se desarrolló en Estados Unidos una técnica

terapéutica a la que llamaron EMDR (reprocesamiento y desensibilización a través del movimiento ocular, por su sigla en inglés). La idea es la siguiente: mientras el paciente va recordando (o imaginando) escenas traumáticas, mueve los ojos de izquierda a derecha guiado por un especialista. El problema no es la técnica (que podrá servir a algunos para administrar las pesadillas); el problema es el discurso. Quien vive con las consecuencias de la violencia es un *enfermo mental*; si tiene suerte, un *paciente*; su necesidad es ser *desensibilizado*, para lo cual requiere un *especialista en técnicas terapéuticas* derivadas de las neurociencias. O bien un psicoanalista, si es que lo puede pagar. En este último caso, es probable que la narrativa (ocultada al paciente) sea que, producto del trauma, éste se transformó en un narcisista neurótico, con un sentido inflamado de su propia importancia, compelido a repetir escenarios catastróficos. Sean cuales sean las teorías y las técnicas, los discursos psicológicos parecen coincidir en que habría que adaptar al desadaptado, integrar al dislocado, curar al enfermo, para que pueda volver a una sociedad civil intacta, con la memoria limpia de los excesos de la sensibilidad; de lo contrario, permanecerá incapacitado, tal como juzga ese periodista de radio. Además, si el trauma es transgeneracional, inhabilitaría también a nietos y bisnietos, quienes, con sus subjetividades resentidas por la tragedia histórica, serían incapaces de un juicio limpio.

(la persistencia del daño)

En suma, la figura de la víctima está atrapada en un lugar débil, vulnerable, triste, que destruye la agencia y la vitalidad. Por lo mismo, provoca en muchos de nosotros incomodidad, cuando no un rechazo radical. Sin embargo, intentar negar el daño es absurdo, sabemos que se encarna en biografías particulares, que determina nuestra vida colectiva y que aún estamos lejos de comprenderlo en su devenir y magnitud. En muchas de las narraciones contenidas en este libro hay un hilo que une el golpe y la desaparición de los padres (los allanamientos, el miedo, las detenciones, el exilio,

etcétera) a la pobreza, el desamparo y la tristeza terribles, al suicidio, las mentiras estridentes, el abuso y las rupturas familiares. Aunque el asesinato o la desaparición no hayan sido las causas directas, estas cosas aparecen como ecos, como réplicas domésticas del golpe de Estado.

De todos esos daños, para mí el conocimiento de la tortura fue el más feroz, entender tempranamente que los seres humanos tenemos el potencial de torturar. Aunque nuestras familias buscaran protegernos, leíamos y escuchábamos. Entonces, además del duelo, de la muerte, había que intentar hacer sentido del hecho de que decenas de miles de personas hubiesen sido entrenadas por la CIA para ejercer extrema crueldad. En nombre del anticomunismo. Y de que este grupo multiplicara su presencia en todo Chile, en toda América del Sur, traspasando pretextos morales y conocimientos técnicos de cómo alargar la agonía y hacerla infernal.

Éramos niños y nadie podía decirnos que no existían los monstruos. Con el tiempo aprendimos que no se trataba de bestias o demonios, sino de algo peor: de soldados, una posibilidad común del ser humano, de pequeños engranajes de una máquina a la que se daba cuerda en Washington, en los cuarteles de *El Mercurio*, en las oficinas de la Junta Militar. Seguían órdenes. Algunos con especial entusiasmo, otros con miedo, otros con convicciones que les permitieron ajustarse a la impiedad.

Hay un capítulo de este libro que se llama *No quiero pensar nunca en la tortura*. Aunque está construido con palabras de todos, es el que siento más mío. Para mí, ese es el daño más feroz; para otros, se trata de un elemento más en la destrucción de sus mundos.

(malas víctimas)

Al inverso de la noción de que el trauma incapacita a las personas, existe la creencia de que las víctimas adquieren, por su mera condición de víctimas, una particular autoridad moral e intelectual. Por exceso de sentimiento o porque su palabra es incuestionable, con quienes han padecido violencia de Estado no se puede discutir. Pero lo cierto es

que no somos mejores ni peores que el resto de la gente (parece absurdo siquiera tener que enunciarlo). De partida, muchos de nosotros somos pésimas víctimas. La buena víctima es funcional: no molesta a nadie con sus lágrimas, no levanta la voz, es empática, sólo tiene buenos sentimientos, cincuenta años después ha abandonado la insistencia en la justicia, sólo le preocupan la paz y la prosperidad, y está abierta a discutir cuál fue la provocación cada vez que se recuerda el crimen. Malas víctimas, en cambio, son las obstinadas, las que siguen teniendo pesadillas, las que critican a sus padres, las herejes, las que sueñan con venganzas, las contradictorias, las que ríen a carcajadas en los momentos menos oportunos, las que se han entregado a la tristeza o se han escapado del mundo. En realidad basta hablar en público para ser una mala víctima, la buena víctima es discreta, reservada, probablemente imaginaria. Mejor si no se escucha y no se ve. No, no somos mejores ni peores que el resto de la gente, y sin embargo es evidente que en esta comunidad de la memoria hay habilidades, valores y saberes específicos. A pesar de haber hecho un esfuerzo por dar con un grupo diverso, la mayor parte de los entrevistados para este libro menciona proyectos políticos o activistas como puntos de quiebre en sus biografías. También proyectos artísticos, personales o colectivos, que contribuyeron a recuperar espacios psíquicos y culturales devastados por la dictadura y a hacer retroceder el miedo. Porque el miedo con el que tantos chilenos y chilenas tuvimos que convivir era una enfermedad infecciosa escapada de un cuartel, de una sala de redacción, diseñada para destruir el entorno donde podrían tejerse resistencias y reproducirse las ideas. Para eso eran el arte y la política, el afecto y la conversación, no para superar el dolor; esa parece ser la obsesión de otras personas. El dolor se sentía, y se sigue sintiendo, como una forma de honrar la vida y a los muertos, perfectamente compatible con la inteligencia, la sabiduría, el gozo y la vitalidad.

(articular la historia)

En el trabajo de edición, transcripciones de cincuenta páginas se convirtieron en

textos de cinco. En esta operación hay varios recortes y traducciones, cada uno atravesado por percepciones y criterios diferentes. Los de quienes me ayudaron a transcribir, que tuvieron permiso para dejar fuera contenidos que les parecieran irrelevantes. El primer corte, en el que se decide qué historia se quiere contar y mucho queda fuera. El acomodo de los materiales, en donde páginas, párrafos, oraciones y palabras son cambiadas de lugar y el final de la conversación puede usarse, por ejemplo, para abrir el relato. Las revisiones, en las que se pierden y se suman ilaciones, palabras. Los ajustes inspirados por las lecturas del manuscrito de un puñado de personas de mi confianza. Y finalmente mis propias, infinitas, relecturas. Por esto mismo, pido disculpas de antemano a los entrevistados y a los lectores por los errores (en los tiempos, los sucesos, los lugares) que producto de este proceso pude haber cometido. En cambio, las imprecisiones de quienes me contaron su historia (que dependen de la memoria, la emoción, la información de la que disponen, siempre parcial y pocas veces precisa) no ha sido materia de escrutinio.

En la selección de los materiales, me interesaron más las visiones expresadas con dificultad, a veces con discursos anquilosados, a veces con imágenes tentativas o reconstituidas a la fuerza, que unos hechos que pertenecen a las cortes y a los informes oficiales. Es decir, más la verdad de la forma del recuerdo que la de los hechos recordados; una verdad que sólo puede perseguirse, pero no alcanzarse ni escribirse en una piedra porque está en permanente mutación; una verdad que puede convivir con la incertidumbre, con la exageración, con el error, con lo obsesivo y lo elusivo de la memoria.

La intención fue rodear esas zonas oscuras, ese margen incognoscible, lo que no puede ser nombrado porque las palabras no alcanzan, lo que no puede ser dicho en voz alta por pudor, lo que no puede ser compartido públicamente porque quedaría un derroche de corazones rotos; lo que por violento, vergonzoso o ilegal no puede ser confesado. Me interesaron las salidas de libreto, los discursos contraintuitivos, los rituales, los relatos que dirigen la curiosidad hacia el futuro y los que informan de un pasado en peligro de desaparecer.

(hacer público)

El proceso de elaboración de este libro —encontrar a las personas, hacer las entrevistas, transcribirlas y convertirlas en monólogos— me tomó más o menos tres años. En diciembre del 2018 le puse punto final. A quienes lo leyeron en ese entonces les cuesta entender por qué después de eso estuvo casi cinco años guardado en un cajón. Yo, en cambio, tengo algunas ideas. Lo mismo me ocurrió hace ya más de dos décadas cuando escribí un texto testimonial al que llamé *La imaginación herida*, incluido al final de este libro: me demoré algunos años en hacerlo público, lo sentía demasiado personal, y me ganaba el pudor. Bueno, pues, *No dijeron muerte* está hecho de las mismas obsesiones que *La imaginación herida*, esta vez volcadas hacia afuera, en busca del tejido social del que mi historia es un hilo.

Ahora tengo claro que el dolor del que hablan estos textos no es mío, lo encarno pero pertenece a una cultura, no debe esconderse porque eso debilita, debe ser publicado y protegido porque, como hemos visto, no destruye, al contrario, es una forma de memoria, de honrar a los muertos, una protesta del espíritu frente a la crueldad. Entonces, tal vez, el retraso en publicar se deba a que, a pesar de que mi voz no está explícita en estos monólogos, en sus imágenes e intersticios está escrita mi propia historia, todo se siente personal y el instinto es protegerlo de la mirada pública. O tal vez porque esperaba a que se cumplieran cincuenta años del golpe y aprovechar ese momento para llegar a más lectores. Lo más probable es que hayan sido, paradójicamente, las dos cosas.

(cincuenta años no es nada)

Se cumplen cincuenta años *desde* el golpe, *desde* el asesinato de mi padre, *desde* el año en que nací, *desde* que Chile se convirtiera en el río de sangre que atraviesa las páginas de este libro. O bien “se cumplen cincuenta años *del* golpe”, que es la fórmula que prima en los discursos oficiales y los medios de comunicación, y que yo también prefiero,

porque implica que el golpe de alguna manera permanece, no es algo que pasó sino algo que sigue pasando, con lo que compartimos nuestras vidas. De eso se habla aquí: de las réplicas del golpe de Estado que no cesan, de los temblores que continúan remeciéndonos, y de las distintas formas en que respondemos.

Con este aniversario vuelve la exigencia de la reconciliación, un vals que vendría a reemplazar (en otro mundo) tanto a la cueca sola como a los hurras de los pinochetistas. En esta fiesta cabe decir que no hay olvido, pero no que no hay perdón. Cabe el minuto de silencio, no los gritos de protesta. Insistir en que el Ejército aún no ha confesado cuál fue el destino de los detenidos desaparecidos ni dónde están sus cuerpos es una salida de libreto semejante a decir que gracias al general Pinochet no somos Cuba. El que no quiera que nos sentemos todos juntos en una misma mesa que se vaya, el espectáculo oficial debe ser protegido de las muecas patéticas del dolor y las palabras odiosas de la rabia, debe ser hecho con retazos de discursos y sermones censurados, desapasionados y razonables, recitados por curas y rectores, ministros y conductores de televisión. Que no se hable del proyecto de patria interrumpido a balazos y humillado por la historia, porque eso nos separa. El horror cabe sólo de soslayo, adjetivado, no concreto, no en los cuerpos que encarna. No caben las viejas que llevan cincuenta años regando su amargura y su ternura terribles para que no se les vayan a morir. El tono debe ser resignado, melancólico; la retórica, la de los niños, la del futuro que merecen, de los derechos humanos y de la forma en que los malos sentimientos obstaculizan la prosperidad de la nación. En general, el futuro cabe; el problema es el pasado. Si esto no es una amenaza para la articulación de la memoria, ¿qué es? Por eso, en este instante de peligro, invito a los lectores a adueñarse de los recuerdos que aquí relampaguean para que no sean hechos desaparecer.

Josefa Ruiz-Tagle, 2023